



ARCHIVO TEA

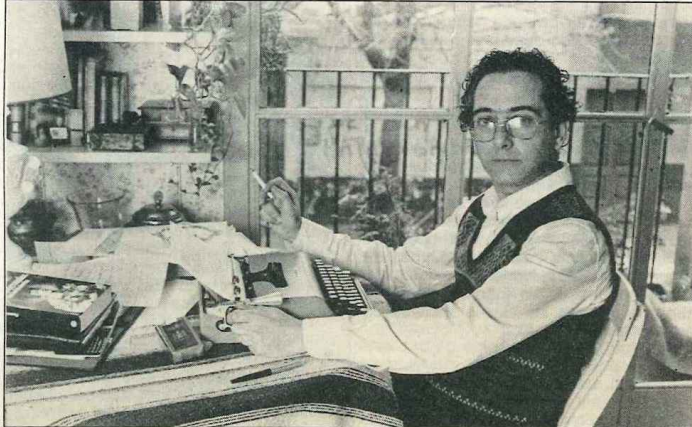
LA COMUNIDAD HOMOSEXUAL ARGENTINA ESTA EN MARCHA

Desde mediados de abril de 1984 funciona en el país una nueva agrupación, que no por tener homólogos en casi todas las naciones civilizadas de Occidente dejó de sorprender a ciertos sectores. Se trata de la Comunidad Homosexual Argentina, uno de cuyos inspiradores me honro en ser. Para estas fechas, la Comunidad está constituida ya en asociación civil; es tan legal como cualquier otra y cuenta con una apreciable cantidad de miembros. Y de acciones.

Por ejemplo, el 16 de mayo pasado, un lunes, la Comunidad apareció públicamente por primera vez mediante una solicitud en el diario **Clarín** donde reclamaba para nosotros, los homosexuales, exactamente los mismos derechos cívicos y humanos que para todas las demás personas. El texto fue leído por radio, comentado en la prensa escrita, y hasta —¡quién diría!— el propio Bernardo Neustadt le dedicó su atención.

Por esta no es la primera vez que los homosexuales argentinos nos aunamos. Lo habíamos hecho ya a fines de la década de 1960, en tiempos en que caía otra dictadura y se abrían otras esperanzas, lamentablemente sepultadas. En 1969 comenzamos un trabajo que incluyó grupos de concientización, volantes, apariciones en medios masivos de comunicación y la publicación de una revista en la que hicimos oír nuestra voz. Aunque aquel accionar tuvo continuidad y coherencia, padeció de una seria limitación: se politizó hasta un extremo imposible. Pero tal era entonces la vena dominante en Argentina: el país no tenía aún la cabeza clara y nosotros, en esto y en todo lo demás, no constituíamos excepción alguna. La esquizofrenia lopezreguista primero, y después, naturalmente, el "proceso", pusieron fin al

El jueves 20 un grupo de homosexuales marchó junto a los integrantes y adherentes de las instituciones que manifestaron durante la entrega del informe de la CONADEP al presidente Raúl Alfonsín. Desde el mes de abril impulsan la CHA, la nueva entidad que concibieron para luchar por un más justo y cada vez más respetuoso tratamiento a ese sector de la comunidad, generalmente segregado y hasta perseguido. Pero ¿qué es y a qué responde este novedoso agrupamiento? Alejandro Jockl, secretario de la Comunidad Homosexual Argentina, contesta a todos los interrogantes.



Alejandro Jockl: secretario de la CHA y autor de esta nota.

intento. El Frente de Liberación Homosexual, con sus defectos y virtudes, dejó de existir más o menos hacia 1975.

A poco de la solicitada en **Clarín**, el público tuvo oportunidad de profundizar el tema por medio de la revista **Siete Días**, que se atrevió a repetir lo que la norteamericana **Time** hiciera en 1969: poner en su tapa a dos gays que, muy sueltos de cuerpo, consintieron en figurar en ella con cara, nombre y apellido. **Siete Días** agotó su edición en tiempo récord; la Comunidad, definitivamente lanzada, conquistó otra oleada de adherentes gays y no gays. Luego vendría una entrevista a uno de aquellos muchachos, Carlos Jáuregui (que es nuestro presidente electo) en la revista **Libre**.

El semanario **Veja**, de Brasil, anunciaba el surgimiento de nuestra entidad con una nota con errores y todo (decía que algunas asambleas plenarias de la CHA habían sido reprimidas por las fuerzas del orden, lo cual no es cierto).

SOMOS EL 5%, POR LO MENOS, DE TODA SOCIEDAD

Por último, cuando **Diario Popular**, un mes atrás, se atrevió a sostener que una "conspiración homosexual" era responsable del asesinato de Aurelia Briant, emitimos un severo comunicado, en el que comparábamos semejante disparate con la cobertura que los diarios nazis hacían de los asuntos judíos. El comunicado fue enviado al exterior por cuatro agencias noticiosas internacionales, aterrizó en medios tan insospechables como **La Prensa**, y el **Popular**, renunció a lucrar calumniándonos, como ha sido su hábito en toda su corta pero desdichada existencia.

¿Qué le pasa a Argentina con sus homosexuales? ¿Qué le pasa a todo Occi-

FACUNDO BOTIARO

dente con ellos? ¿Qué nos pasa a nosotros, el millón y medio de homosexuales de ambos sexos, en esta sociedad?

Y otra pregunta clave, ¿Existe hoy el nivel mínimo de ecuanimidad, de serenidad por ambas partes, para hablar de la cuestión? ¿O los prejuicios, las deformaciones y los intereses siguen disfrutando de toda su tradicional fuerza?

Nosotros, los homosexuales, pensamos que ese nivel mínimo de lucidez existe. Lo descubrimos tanto en la población general como en nosotros mismos. Por ejemplo, por primera vez hemos sido capaces de encontrar la clave de nuestra situación. En efecto, la Comunidad Homosexual Argentina se reivindica como una organización de defensa de los derechos humanos. Los nuestros y los de todos los demás. Descubrimos que perseguimos a nosotros por ser homosexuales es como perseguir a los negros por ser negros, o a los Testigos de Jehová por tener un credo aparte. De tan simple comprobación deducimos una tesis: al lado del prejuicio religioso y del racial, existe otro, no menos fuerte, y más antiguo, que es el prejuicio sexual. Que nos margina a nosotros, ese 5% mínimo de toda sociedad. Lo cual por sí solo bastaría para combatirlo. Pero que también afecta a ese otro 52% de la población humana general que son las mujeres. Y que por lo tanto divide la Humanidad en tres bloques: un 43% de superseñores, un 52% de esclavas y un 5% de ilegales. No nos gusta, lo confesamos; no nos parece bien. Creemos que llegó el momento de cambiar.

A través de estos cuatro meses de trabajo que pasaron desde la fundación de nuestra Comunidad (y del año largo de tanteos que la precedieron), hemos evitado cuidadosamente tratar la cuestión homosexual desde enfoques irreales. Por ejemplo, no la enfrentamos con los guantes asépticos, pero muchas veces fóbicos, de la ciencia. El psicoanálisis, la psicología, la sociología, las mismas ciencias de la Naturaleza, pueden descubrir verdades, y de hecho lo hacen. Pero también pueden encubrir las o deformarlas, y de esto tenemos ilustres ejemplos acá mismo. Para nosotros la cuestión homosexual, junto con toda cuestión humana, sólo puede ser verdaderamente entendida desde el terreno de los valores, es decir, desde el terreno de la ética. Que es el terreno de los derechos humanos, y ningún otro. Y si bien nuestra Comunidad posee, por ejemplo, una Comisión de Salud formada por psiquiatras y psicólogos, su ámbito de acción y su punto de vista es el de la civilización. ¿Qué es eso? Bueno, es ese consenso histórico, siempre difícil y precario, que apaga las hogueras de la Inquisición, convierte los tormentos en estigmas del pasado, y los prejuicios de hoy en objeto del asombrado estudio del mañana. Y que en lugar de todo eso instaure inteligencia y felicidad.

Para la Argentina, un planteo desde ahí resulta muy entendible, porque, precisamente, aquí es donde las hogueras inquisitoriales se resisten a apagarse, la tortura es una posibilidad concreta, y donde los prejuicios siguen siendo alimentados por algunas de las instituciones más poderosas y menos respetadas del país. Ante esa intolerancia, nosotros no mendigamos tolerancia. Preguntamos: ¿Cómo hacemos para transformar la moralina de la represión sexual en una moral de respeto hacia las personas, y de solidaridad con ellas? Con ellas íntegras, incluyendo sus hermosos cuerpos, sus interesantes diferencias y sus legítimas opciones.

PARA TROCCOLI SOMOS ENFERMOS

A nivel mundial, se puede decir que si en las metrópolis europeas y norteamericanas, y en la mayoría de las centro y sudamericanas, cada vez se discrimina menos a los homosexuales, ello tampoco impide que en la Unión Soviética nos destierren a Siberia y que en Irán nos pongan ante pelotones de fusilamiento islámicos.

Para volver a Argentina, baste decir que durante el último año del "proceso", no menos de quince compañeros nuestros fueron asesinados con métodos sospechosamente parecidos, y a intervalos sospechosamente regulares. Esos homicidios en cadena aún permanecen sin aclarar, y hasta donde se sabe, sin investigar siquiera. Además, el progreso de las ideas que acompaña a la democracia tampoco inhibió al actual ministro del Interior, el doctor Antonio Tróccoli, para decir públicamente que los homosexuales somos "enfermos", y que seremos "tratados como tales" por el gobierno de la Unión Cívica Radical, porque, según él, no obedecemos las "reglas del juego" de la nueva sociedad democrática argentina. Todavía los homosexuales no sabemos cómo tratará el Ministerio del Interior a los enfermos, si es que le compete hacerlo, y ni siquiera cuáles son las reglas de juego a que aludió Tróccoli. Más bien, tenemos la impresión de que Tróccoli es ajeno a los parámetros ideológicos y científicos de la segunda mitad de este siglo. Y pensamos que las únicas reglas a las que él -y todos- debemos atenernos son las de la Constitución. ¿Habrá otras? El tiempo lo dirá.

NUESTRA ORGANIZACION

Pero nosotros no pensamos esperar que el tiempo pase sin hacer nada. Como no pensamos seguir siendo los chivos expiatorios de los tormentos sociales, y como queremos ayudar a crear un país moderno, sin prejuicios, ni represiones encubiertas, ni raras teologías, hemos organizado nuestra Comunidad, y logramos un notable éxito. Que tiene dos aspectos. Por una parte, la confianza de los homosexuales, que obtuvimos sobre todo gracias a nuestra tesis sobre los derechos humanos iguales que nos caben. Todos los días ingresan miembros a la CHA, a la que consideran su representante más legítimo. Eso nos valida y nos llena de alegría.

El segundo parámetro de nuestro éxito es el profundo respeto que encontramos entre los políticos, los legisladores, las organizaciones de los derechos humanos y hasta -¡oh sorpresa!- los periodistas a quienes planteamos nuestros reclamos. Estamos comprobando que las enraizadas compulsiones sexuales que nos obstaculizaban la marcha -el pánico, el ridículo, la sordera psicológica, el odio- se extinguen a ritmo acelerado en la Argentina de 1984. Para sobrevivir sólo en algunos pocos, peligrosos bolsos represivos... Es frecuente que nuestros interlocutores de turno, antes incluso que nosotros abramos la boca, se apresuren a afirmar que no es posible seguir persiguiendo en el país a la gente por su orientación sexual... Les aseguro que diez años atrás, la cosa no era tan simple. Supongo que las recientes tragedias nos aclararon la cabeza a todos.

Tenemos todavía muchísimo que hacer desde la CHA. Tenemos que alquilar una oficina con teléfono. Tenemos que sacar un boletín quincenal. Tenemos que organizar un sistema de apoyo psicológico y una red de urgencias para gays. Tenemos que organizar eventos con otras agrupaciones democráticas. Tenemos que formar una biblioteca. Tenemos que...

Tenemos que reaprender a respetarnos a nosotros mismos. Tenemos que pasar esa lección a toda la sociedad. Tenemos que abolir los prejuicios de cualquier tipo, y las tesis "científicas" que los siguen traduciendo en falsete. Tenemos que abrumar a esos falsos religiosos que de tales sólo tienen el hábito, y que gustan tanto de las armas. Hace poco, un concidísimo productor radial -para nada gay-, que me escuchaba fascinado hablar de estas cosas, me preguntó:

-¿Y qué pensás hacer si te aparece la pesada?

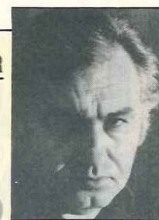
-No lo sé -le respondí.

Y es cierto. Pero sé que no me voy a paralizar como en 1976. Porque si lo hago, le regalo la victoria. ❖

ALEJANDRO JOCKL

EL FRANCOOTIRADOR

Goles, amores y lágrimas



Escribe
ANTONIO
DAL MASETTO

En el tren suburbano hay ambiente de mufa. Salió con veinticinco minutos de atraso y en la primera estación vuelve a detenerse diez más. El único que no parece darle importancia es el muchacho que está sentado frente al hombre que intenta leer el diario. El muchacho mantiene la radio portátil contra el oído derecho, escucha un partido de fútbol. Mira a través de la ventanilla con aire de no ver el mundo y llora. Lloro en silencio, sin gestos, inexpresivo. Las lágrimas ruedan por ambas mejillas y van a mojar la campera color crema.

Termina el primer tiempo. Aparta la radio, advierte que lo están observando y devuelve la mirada. Con voz emocionada, suspirando, dice: "Qué grande". "¿Qué cosa?", pregunta el hombre. "El Bocha", contesta. El hombre asiente con la cabeza. Y él: "Bochini es lo más grande que hay". Saca el pañuelo y se seca la cara. Sonríe, explica: "Yo nací con Bochini, hace once años".

Hay una pausa, el hombre espera. El otro sigue: "La primera vez que lloré fue en 1973". El hombre calcula mentalmente y corrobora la exactitud de la cifra. "Son once años, efectivamente", dice. Y el muchacho: "Lo único que recuerdo es que esa tarde me escapé de la escuela y me fui a ver el partido de Independiente con el Juventus, en Roma. Los rojos iban en busca del título mundial". Se le ilumina la cara: "Veintiocho de noviembre de 1973". Se emociona visiblemente al evocar la fecha: "Faltaban algo así como quince minutos, o menos, y de pronto apareció un enano, el Bocha; agarró la pelota y se la llevó hasta el fondo del arco de los tanos". Se interrumpe, saborea el recuerdo, continúa: "ese día lloré por primera vez y después volví a llorar muchas veces más, pero ahí fue donde nací con Bochini".

Se acomoda la campera contra el cuerpo, se frota ambos brazos, dice: "Cada vez que empiezo a hablar del Bocha y de Independiente me agarran escalofríos". El hombre le convida un cigarrillo pero el muchacho lo rechaza con un gesto. Cuando vuelve ha hablar, su voz adquiere un tono más pausado, confidencial: "Poco tiempo después, la suerte quiso que lo conociera personalmente. Mi padrino, el primero que me llevó a una cancha, el que me enseñó a amar a los rojos, me lo presentó. Yo tenía doce años, el Bocha diecinueve. Desde entonces, jamás le fallé un partido. Mi mayor alegría, los domingos, era ir a los vestuarios y verlo de cerca. Bochini es único, el más grande, un adelantado".

El hombre no necesita alentarlo para que prosiga: "Tengo un amigo, un tipo

grande, siempre me dice que de la Mata era mejor, me cuenta cómo en la cancha de River una vez se apiló a siete y se la mandó a guardar. Yo no le discuto, pero hace poco, después del triunfo con Estudiantes, en la copa -cuatro a uno- lo encontré y le dije: ya sé, no me digas nada, de la Mata era más grande, pero ayer Dios se puso la camiseta número diez y golemos".

Se interrumpe cuando el tren para en la estación. Reanuda la marcha y también él retoma su monólogo: "Aquella noche del verano del '78, jugábamos con Talleres, con ocho hombres, increíble, ya derrotados, y sin embargo, cuando todo estaba perdido apareció el Bocha y otra vez a llorar. Después vino la final del '79, con River, y el Bocha se mandó dos goles y me hizo llorar de nuevo. Y muchos otros partidos. Uno en el Monumental, perdíamos uno a cero. En el área del río la agarró Bochini y se la llevó hasta el otro arco: uno a uno. En un ratito ya ganábamos dos a uno. También ahí lloré".

Tiene los ojos húmedos: "Mi mamá se preguntaba por qué lloraba cada vez que ganaba Independiente y me mandó al psicoanalista. Pero nadie podía entender, ni mi vieja, ni el psicoanalista, ni siquiera mis amigos. Cómo podía explicarles lo que contaban para mí todos esos años de fidelidad, de coincidencias, de tantas cosas. Para ellos no tiene ningún significado que mi apellido tenga trece letras, igual que Independiente, o que el Bocha sea de mi mismo signo. Me acuerdo que cuando mi padrino se puso mal, lo fui a visitar. Estaba en la cama, no reconocía a nadie. Me quedé un rato largo a su lado, después acerqué la boca a su oído y le dije: 'Padrino, ayer le ganamos a Ferro y el domingo nos toca con Boca, ya estamos a un punto del primero'. Después le solté la mano y me fui. Pero cuando llegaba a la puerta oí su voz que preguntaba: '¿Jugamos en la Boca o en Avellaneda?' Fue lo último que le escuché decir y la última vez que lo vi vivo. Mi padrino murió, mi novia me dejó porque no entendía mi compromiso de los domingos. Independiente nunca me abandonó, al contrario, en los momentos más difíciles siempre estuvo ahí para tirarme un salvavidas".

Concluye: "Por eso digo que nací con Bochini. No sé qué pasará cuando él se muera futbolísticamente. A lo mejor también me muero yo". "Futbolísticamente", acota el que escucha. El muchacho no hace más comentarios, solamente agrega: "Ahí empieza el segundo tiempo". Mientras lo ve levantar la radio y poner los ojos en blanco, el hombre se dice que en el mundo tal vez todavía existan lejanos, ajenos e inexplorados paraísos.